

## Agora para la ciencia

### El científico como gestor de la incertidumbre

**Francisco García Olmedo**

*Con la puesta en marcha, ahora hace un año, de Ágora para la ciencia se trataba de ensayar un nuevo formato de comunicación científica, en el que el protagonismo fuera de los propios investigadores, reunidos en torno a un foro de debate. Un foro abierto pero en el que era esencial la formación de un grupo estable de contetulos que le dieran continuidad. Gracias al entusiasmo de investigadores como Francisco García Olmedo, que ofrece en este artículo su visión del ciclo y de la filosofía que lo anima, y otros muchos, el proyecto de Ágora se ha consolidado como una de las líneas más destacadas de la programación de la Residencia.*

La ciencia no sólo es parte integral de la cultura sino que, en este fin de milenio, ocupa un lugar muy prominente dentro de ella. De la correcta aplicación de los avances de nuestros conocimientos científicos se han derivado gran parte de las recientes mejoras ocurridas en nuestro bienestar y en nuestra salud, al mismo tiempo que de su aplicación desviada, e incluso perversa, se han derivado perjuicios reales y potenciales nada desdeñables. Estoy entre los que creen que el balance entre estos efectos antagónicos es claramente positivo, pero no es éste el sitio de desarrollar dicha tesis, sino la de que, sea cual sea el balance, éste debe concernir a todos los ciudadanos. Una actitud de desentendimiento y de rechazo global frente a la ciencia, como la que parece generalizarse en la actualidad, es claramente suicida y conduce a una mutilación cultural de grandes dimensiones.

Los científicos deben asumir una parte de la responsabilidad de este desencuentro. Es cierto, como ha señalado John Maddox, que la comunidad científica o científicos concretos han exagerado las benéficas promesas de algunos avances, levantando expectativas que pueden acabar en frustración. Pero esta explicación es insuficiente. Hay que considerar también que los descubrimientos científicos suponen a menudo nuevos retos a creencias y hábitos de vida muy arraigados y que el investigador es con frecuencia mensajero de noticias que son preocupantes o que, al me-nos, lo parecen. El científico es un gestor de la incertidumbre y no un proveedor de certezas. Aunque a veces sea acusado de dogmático, es más frecuente que se le reproche lo contrario: el carácter aproximado de sus conclusiones y su incapacidad para resolver en el momento muchos problemas acuciantes.

Hay que tomar medidas para evitar el desencuentro actual entre científicos y sociedad, realizando un esfuerzo por ambas partes. Hay que evitar el triunfalismo de unos y el sensacionalismo de los otros. El tecnólogo debe adquirir mayor conciencia no sólo de las aplicaciones técnicas en sí mismas, sino también de las implicaciones sociológicas de éstas. Finalmente, científicos y tecnólogos deben adquirir un mayor protagonismo en la proyección de sus actividades hacia el resto de la sociedad, no tanto difundiendo sus logros como tratando de divulgar y explicar mejor la naturaleza del

proceso y del método de la ciencia. Con sus limitaciones y carencias, éstos son sus únicos instrumentos para navegar en ese mar de incertidumbre que es el futuro de la especie humana.

En este contexto adquiere su significado el proyecto Ágora para la ciencia, proyecto que suscitó mi entusiasmo cuando conocí su plan preliminar y que, después de la primera serie de debates en la que he participado, me sigue pareciendo de gran interés. El formato de las sesiones de Ágora, que ha ido depurándose con la práctica, consiste en una introducción de 15 a 20 minutos del tema elegido por parte del científico invitado, que previamente ha sido presentado por un moderador, y a continuación se desata la fiesta de un debate del invitado con el público «agorero» que alcanza hasta dos horas de duración.